

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre Ponce se embarcó en Campeche y llegó al puerto de San Juan de Ulúa y avisó de su llegada al padre comisario”

p. 382-384

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO CLXII]

De cómo el padre Ponce se embarcó en Campeche y llegó al puerto de San Juan de Ulúa y avisó de su llegada al padre comisario

Estaban en el convento de Campeche para ir a lo de México en compañía del padre fray Alonso Ponce, demás de sus dos compañeros, otros ocho religiosos, que eran los dos que le habían llevado los recados, y fray Alonso de Prado, el predicador que había venido con él a La Habana, fray Francisco Séllez, fray Francisco de Torneira, fray Antonio de Villafranca, fray Diego Delgado y fray Pedro de Ribera, todos de la provincia del Santo Evangelio, que como atrás queda dicho habían ido en seguimiento de su verdadero prelado, huyendo de la persecución y tiranía de fray Pedro de San Sebastián; sin otros cuatro que ya eran vueltos a México y otro que se quedaba a morar en aquella provincia de Yucatán, y para todos once proveyó el nuevo provincial matalotaje muy cumplidamente de lo que en aquella tierra se pudo hallar, como fue vino, vinagre y aceite, bizcocho, aves, conservas, pescado y otras cosillas; y estando aguardando tiempo para hacerse todos a la vela en la barca sobredicha, en la cual iban más de otras veinte personas, llegó la fiesta de la purificación de nuestra Señora, que era dos de febrero, FEBRERO en la cual predicó el padre Ponce en nuestro convento al 1589 pueblo, que acudió todo a oírle y hallarse en la procesión de las candelas, con mucha aceptación de todos; y luego después de comer se embarcó su hato y de todos los demás frailes con el matalotaje, con intento de hacerse aquella noche a la vela, pero no se pudo esto así hacer porque vino aquella tarde un norte tan recio que duró tres días sin cesar. En este ínterin se echó de ver que estaba la barca demasíadamente cargada, y que iba muy a peligro si no se alijaba gran parte de la carga, y así, por mandato de la justicia que la vido, le sacaron más de doscientas arrobas de peso.

Lunes en la tarde seis de febrero, a la puesta del sol, habiendo ya calmado el norte, se embarcó el padre fray Alonso Ponce con los demás frailes en cuatro canoas, falcadas de dos en dos, y con alguna mar llegó ya noche a la barca que estaba buen rato desviada. El piloto se embarcó a las diez, y porque los marineros (que eran negros del rey cuya era la barca, en la cual llevaban cal y madera para la isla de San Juan de Ulúa) no habían ido por él en la chalupa, en entrando en la barca echó mano a la espada, y quiso dar o dio con ella a un negro ladino, que le respondió y comenzó a alborotar de tal suerte la gente, diciendo que no se había de hacer a

la vela, que fue necesario que el padre Ponce le predicase y riñese, con que se reportó y tuvo por bien de callar y levantar las anclas y dar vela; lo cual se hizo luego a las once de aquella noche con viento brisa, con el cual caminamos lo restante della y por todo el día siguiente que fue martes, dejando a una banda una islilla que llaman las Arcas, y otra llamada isla de Arenas, treinta leguas de Campeche, pasos peligrosos en que suelen encallar algunas naos y perderse.

Miércoles ocho proseguimos nuestro viaje con el mismo viento brisa, el cual fue aflojando hasta que totalmente calmó, con que el piloto tuvo temor y recelo de que había de acudir norte, mas no acudió.

Jueves nueve de febrero caminó tanto la barca con el mismo viento, que, poco antes que el sol se pusiese, descubrieron los marineros el volcán de Orizaba, y las sierras altas de la Villa Rica, la vieja, que están treinta leguas más adelante de San Juan de Ulúa, dónde habían de tomar puerto, y aunque todos o los más de la barca las vían y lo afirmaban al piloto, nunca él lo creyó, y si les dio crédito nunca quiso dar a entender que lo creía; y así prosiguió su navegación sin querer tomar otra derrota, ni virar para la isla.

Viernes diez, cuando amaneció, nos hallamos muy junto a las sierras sobredichas, y de donde se parecía muy claro el volcán nevado de Orizaba, y por no acudir viento a propósito con qué poder virar para el puerto, nos anduvimos todo aquel día barloventeando, y a la noche surgimos y estuvimos toda ella surtos, no lejos de las dichas sierras.

Sábado once, alto el sol, levamos las anclas y anduvimos dando vueltas por falta de buen tiempo todo aquel día, hasta la tarde que largó el viento y refrescó un poco, con el cual, ya noche, fuimos a surgir cerca del río de la Veracruz, siete o ocho leguas del puerto, aguardando un norte o viento terral con qué poder tomarle; y pasadas menos de dos horas acudió un terralillo con que nos hicimos a la vela, pero, habiendo andado poco más que nada, calmó, y fue forzoso tornar a surgir porque se nos iba la barca saliendo a la mar, y no era esto lo que convenía.

Domingo de la quincuagésima, doce de febrero, antes que amaneciese acudió el viento terral verdadero, con el cual, por no perder punto, nos hicimos luego a la vela, y prosiguiendo nuestro viaje, entramos por medio de la flota muy quietos y sosegados en el puerto de San Juan de Ulúa, entre las nueve y las diez de la mañana, a hora que uno de los compañeros pudo decir misa y los otros oírla. No estaba en la fortaleza por alcaide el que embarcó el año atrás en la barca para España al padre Ponce, siendo comisario general, como queda referido, que ya el virrey le había quitado, sino otro caballero, pariente del mismo virrey, el cual,

luego como supo que iba en aquella barca el padre fray Alonso Ponce, le salió a recibir en una chalupa acompañado de muchas personas nobles, y puestos en tierra le hizo mucha fiesta todo el tiempo que allí estuvo, que fueron dos días. Aún estaban todavía en la isla algunos soldados y oficiales de la fortaleza, de los que el año antes se habían allí hallado cuando el padre Ponce estuvo en ella detenido por mandado del virrey, y era tanto el contento que tenían y mostraban de ver volver y entrar con tanto aplauso, al que, un año antes menos cinco días, habían visto embarcar por fuerza y con violencia, que lloraban de gozo y alegría; y uno dellos fue corriendo a la iglesia y repicó la campana, lo cual sirvió también de tañer a misa y la dijo uno de los compañeros como dicho es. Comió el padre Ponce aquel día y el siguiente con el alcaide y durmió en el hospital, y en la una parte y en la otra se le hizo mucha caridad y regalo, de que llegó necesitadísimo, porque en todos aquellos seis días que duró la navegación no había comido ni sosegado de el grande almareamiento. Desde allí escribió al padre comisario, con los dos frailes que le habían ido a llamar, avisándole de su llegada y que se iría al convento de Xalapa a aguardar lo que le ordenase y mandase. Hay desde Campeche a San Juan de Ulúa cien leguas, pocas menos, y entiéndese esto por mar, porque por tierra pasan de doscientas.

[CAPÍTULO CLXIII]

De cómo el padre Ponce pasó por la Veracruz y fue a Xalapa, y de cómo se había ya tenido capítulo provincial y por qué causa

Habiendo el padre Ponce descansado dos días en la isla de San Juan de Ulúa, embarcóse en una chalupa el martes de carnestolendas, de mañana, catorce de febrero, y pasó a la otra banda a la venta de Buitrón, donde el año antes le habían tenido preso; hizosele allí mucha caridad a él y a otros siete frailes, porque los otros tres ya se habían ido adelante, y detúvose allí todo el día.

Miércoles de la ceniza, quince de febrero, salió de aquella venta con cuatro de los frailes sobredichos, tan de madrugada, que andadas cinco leguas llegó al salir del sol a la cibdad y convento de la Veracruz; fue muy bien recibido de los frailes que estaban en el monasterio, y acudió luego a visitarle y darle el parabién de su llegada la gente principal del pueblo, así eclesiásticos como seglares, con un contento y alegría extraña,